

El arte como testigo auténtico



Colin Harbinson

A MITAD DE LOS SESENTA EN INGLATERRA, cuando la Beatlemania estaba en todo su furor y la música cristiana contemporánea estaba en sus albores, un grupo de rock llamado *The Witnesses*, (Los Testigos), apareció en escena. Yo era el batería de la banda. El nombre que dimos al grupo definía nuestra identidad y misión. Estábamos componiendo y tocando música para la gloria de Dios. Era nuestra manera de dar una respuesta a “ser sus testigos hasta lo último de la tierra”, la comisión que dio Cristo sobre un monte al este de Jerusalén.

Desde el día de la Gran Comisión hasta nuestros días, dar testimonio de nuestra fe en Cristo ha sido y es una parte fundamental de la teología y la misión de la iglesia. Pero todavía la manera de entender este concepto tan importante y su puesta en práctica son defectuosas muchas veces. Todo cristiano, incluyendo el artista, es llamado a ser un testigo. ¿Qué significa ser un testigo de Cristo? ¿Deben los artistas ser testigos a través del arte? ¿Qué hace que una obra artística sea un testigo auténtico?

El mandamiento de llevar el mensaje del evangelio hasta lo último de la tierra inicialmente se llevó a cabo a través de la transmisión oral de historias contadas por aquellos que presenciaron los hechos narrados en los Evangelios. Ser testigo conlleva una doble visión: implica conocer y ser conocido. Un testigo es aquel que tiene información o conocimiento y por eso puede sacarlo a la luz o demostrar algo.

En el contexto de la misión cristiana ser testigo es anunciar las buenas nuevas del evangelio. Los apóstoles Pedro y Juan declararon, “nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.” Para los creyentes estos dos componentes son inseparables. Estamos obligados a dar a conocer a otros aquello que nosotros sabemos. Esto es ser un auténtico testigo.

El Dr. Colin Harbinson ha estado involucrado en las áreas de las artes, la educación y las misiones



por cuarenta años. Fue el precursor de Arts in misión con JUCUM y ha colaborado con

distintas organizaciones mundiales para desarrollar las artes en el contexto de la misión. También ha sido el director artístico del intercambio histórico-cultural con Rusia, Bulgaria y China, ha presidido el grupo Redeeming the Arts en el movimiento de Lausana, y actualmente es el director internacional de StoneWorks, una iniciativa global de Belhaven University (Jackson, MS, USA). Este artículo fue publicado en WEA Connections 9:(2&3), 2010. Usado con permiso.

Traductor: Sara Blanco © 2011 Misiopedia de la edición española.

Muchos siglos antes sobre otro monte, el legislador divino dio un mandamiento que es básico para que cualquier sociedad pueda vivir con orden. Declaró: “No darás falso testimonio”. Si la autenticidad es el sello del testigo verdadero, el falso testimonio tiene lugar cuando lo que declara el testigo no es fidedigno. Esto también incluye el hecho de testificar de lo que nosotros no sabemos o añadir a lo que nosotros sabemos.

La prueba más poderosa de la verdad del evangelio es el testimonio de la vida comunitaria de la iglesia y la manera de vivir en el día a día de cada uno de sus miembros. Demasiado a menudo se ve una desconexión entre las palabras y la conducta, y esta disfunción lleva a la acusación de vivir con hipocresía y falta de integridad. Querer dar la impresión a otros de que tenemos la vida bien ordenada, por muy espiritual que pensemos que parezca, es negarnos a nosotros mismos la posibilidad de ser fieles testigos.

En una época donde las cosas a menudo no son lo que parecen, la verdad es difícil de aprehender. Cuando las palabras pierden su significado, las imágenes visuales son manipuladas y se multiplican las operaciones de cirugía plástica, un auténtico testigo puede ser como una voz solitaria clamando en el desierto. Neil Postman escribe en *The end of education*:

Usar el lenguaje para mentir y para emborronar las diferencias, para decir más de lo que sabes o puedes decir, o tomar el nombre de la verdad en vano, son ofensas en contra del orden moral, y pueden, a propósito, ser perpetradas con una pronunciación excelente o con una gramática y ortografía impecables.¹

La cuestión de ser un testigo verdadero debe ser confrontada en el mundo del arte. En su *Ode on a grecian urn* el poeta inglés John Keats declara: “Belleza es verdad, verdad belleza, esto es todo lo que sabemos en la tierra, y todo lo que necesitamos saber”.

Este lenguaje tan bellamente elaborado disfraza una distorsión y en el proceso inhabilita su propia visión de realidad. Una mentira puede ser dicha o expresada con belleza. A nivel formal, un contenido puede ejecutarse con el nivel más alto de excelencia técnica y artística, pero el sentido o contenido seguirá siendo una mentira, una distorsión. Cuando el arte es un testigo verdadero hay un testigo interior que desvela la verdad del trabajo artístico. En palabras de T. S. Elliot, le rodeará una “aureola de verdad”.

En las prisas y el ajeteo de la vida diaria, miramos muchas cosas, pero vemos muy poco. Frank Whiting se refiere a esta falta de conciencia cuando escribe: “La mayoría de nuestras vidas van a la deriva en medio del alboroto de la trivialidad, la confusión, o lo cotidiano, y llegamos a conformarnos, a cegar nuestra visión.” Continúa describiendo aquellos momentos en los que se percibe una revelación, cuando “lo trivial, confuso, y habitual desaparece y una conciencia de significado

¹ Neil Postman, *The End of Education* (New York 1995) p. 34.

y belleza nos inunda”, y concluye, “momentos como éste son los que aporta el buen arte”².

Estos momentos pueden ser tan sorprendentes y asombrosos que producen una necesidad de expresar o recrear lo que ha sido presenciado. Cuando un fragmento de vida pasa a estar en el centro de atención, los artistas buscan capturarlo en lienzos, en una danza, a través de una obra teatral, en una expresión musical, o en una forma literaria. Cuando ellos muestran su obra, anhelan que otros puedan ser testigos de algo que ellos han visto.

Una de las funciones del arte es hacer que lo conocido parezca desconocido. Esta progresión de lo conocido a lo desconocido aparentemente podría contradecir la idea de ser testigos fieles. ¿Cómo podemos transformar aquello que no nos ayuda a ver su verdadera naturaleza? Picasso explica esta pregunta a través de la paradoja, cuando describe el arte como una mentira que dice la verdad. Más adelante, G. K. Chesterton puntualiza que el papel de la paradoja es ver el objeto desde un punto de vista diferente y comprobar si coincide con la verdad; de la misma manera que el acercamos a un tema desde un punto de vista distinto, nos invita a verlo con nuevos ojos y recibimos una nueva percepción del mismo.

Pinceladas, movimientos o gestos, escenarios teatrales o partituras en sí mismos no constituyen la realidad. Estos ofrecen ventanas a través de las cuales podemos observar algunos aspectos de la vida o de la experiencia humana. Cuando los actores dejan el escenario y el teatro vuelve a la oscuridad, no estamos bajo la ilusión de que lo que vimos era real. El arte en su naturaleza intrínseca está relacionado con la imaginación. Cuando una obra combina cualidades artísticas con perspicacia, causa un profundo impacto en los que participan como espectadores. Como hemos indicado anteriormente, el propósito de una obra creativa no es sacarnos de la realidad, sino hacer la realidad más real. Cuando esto ocurre, el arte está actuando como un auténtico testigo.

La narrativa bíblica es fidedigna. Es un verdadero testigo de la naturaleza humana, de su mejor y peor parte; nos cuenta del éxito y fracaso de las personas; no intenta encubrir o excusar la depravación del género humano; nunca glorifica el pecado ni la rebelión que está exponiendo. Más bien, muestra el corazón de Dios destrozado al ver su creación y señala la posibilidad de la restauración a través de Cristo.

Para que el arte sea un verdadero testigo, debe comprometerse con la vida en su conjunto – con lo bueno y con lo malo. El arte debería ser una honesta exploración de la condición humana colocada dentro de un marco salvífico y trascendente. Comprometer o distorsionar la verdad por motivos equivocados, por lo políticamente correcto, reconocimiento personal, o necesidad económica– es ser un testigo falso.

Al final, toda evidencia debe ser sopesada y juzgada, incluyendo al artista y su obra. Como cristianos somos llamados a ser testigos en nuestra vida y en nuestro arte. Para que una obra de arte sea un verda-

Pinceladas, movimientos o gestos, escenarios teatrales o partituras ofrecen ventanas a través de las cuales podemos observar algunos aspectos de la vida o de la experiencia humana.

2 Frank Whiting, *An Introduction to the Theatre* (New York 1978) p. 105.

dero testigo debe ser profundamente auténtica en su retrato de la vida tal como nosotros la experimentamos, pero también rigurosamente bíblica en su amplitud de miras y visión del mundo.

Como artistas, debemos seguir el mandato de Dios y la comisión de Cristo de ser fieles testigos de lo que hemos visto y oído.



Comentario

Así como la luz resplandece en las tinieblas, de una forma clara concisa y brillante, Colin Harbinson nos invita en medio de una sociedad relativista a afirmar nuestra identidad como testigos en la verdad. Establecer la integridad como nuestro sello identificativo. La naturaleza artística posee cualidades expresivas poderosas que además de transmitir belleza, para ser fieles testigos, deben ser utilizadas de acuerdo a la verdad.

Sara Blanco Quintas (Traductora) es artista plástica y músico, doctorando en Bellas Artes por la Universidad de Granada, España.

